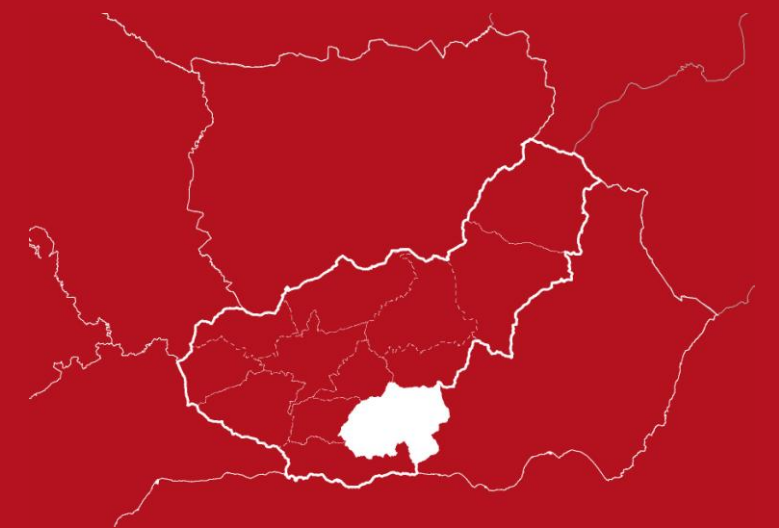
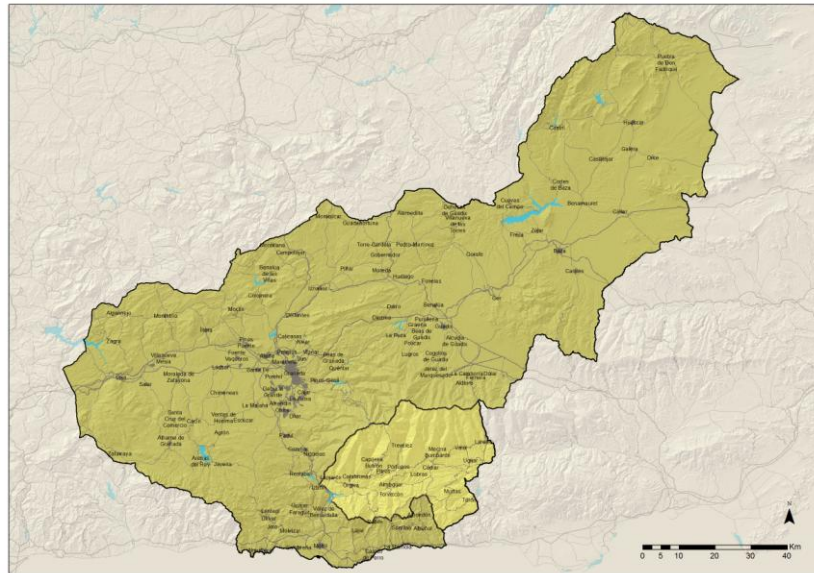


ALPUJARRA GRANADINA



1 IDENTIFICACIÓN



Fuente: Elaboración propia a partir de cartografía 10.000 del IECA.

1.1 Denominación

Alpujarra granadina

1.2 Localización en el contexto provincial

La Alpujarra es una de las comarcas paisajísticas más singulares de Andalucía, además de constituir uno de los espacios más reconocidos a nivel internacional de la provincia de Granada, junto con La Alhambra y Sierra Nevada.

Localizada al sureste de la provincia y en pleno corazón de las Béticas, el ámbito se extiende entre la vertiente sur de Sierra Nevada y la septentrional de la sierra de La Contraviesa, ocupando la depresión transversal del río Guadalfeo y continuando hacia el este por el valle del Andarax en la provincia de Almería. Pese a la creencia de algunos autores, incluida la nuestra, de que este ámbito resulta una comarca unitaria entre ambas provincias de Granada y Almería, nos vemos obligados a segregar las Alpujarras, debido al carácter netamente provincial de este catálogo centrándonos en la llamada Alpujarra granadina. Así pues, el límite septentrional lo establece la línea de cumbres de Sierra Nevada, que separa el ámbito alpujarreño de la unidad paisajística de Sierra Nevada, al noroeste, y del Marquesado del Zenete, situado al noreste. Por el este, el citado límite provincial almeriense, que desciende de norte a sur, coincidente en gran medida con la cuenca longitudinal del río Grande o de Adra, hasta alcanzar la sierra de La Contraviesa en las inmediaciones de Turón. El borde meridional lo constituyen las laderas alomadas y, en ocasiones, las cumbres de La Contraviesa y Sierra de Lújar, dejando al sur la vertiente meridional de estas sierras que se incluye dentro de la unidad paisajística Costa de Granada. Por otro lado, las estribaciones septentrionales de sierra de Lújar, desciende hasta el embalse de rules donde confluyen los ríos Guadalfeo e Ízbor, este último proveniente del Valle de Lecrín, y el ascenso altitudinal hasta las cumbres de Sierra Nevada por la loma del Caballo, configuran el límite occidental del ámbito.

La disposición de los sistemas montañosos en sentido este-oeste, paralelos entre sí y a su vez a la línea de costa mediterránea, hacen prácticamente inviable las comunicaciones norte-sur entre La Alpujarra y el resto de ámbitos colindantes, restringiendo el uso al pasillo transversal del Guadalfeo y las comunicaciones con Granada y la costa, a través del Valle de Lecrín. En efecto, la autovía A-44 queda a las puertas de la Alpujarra por el oeste, partiendo de ella hacia el este la A-348 que une Lanjarón y Almería a través del todo el surco alpujarreño interprovincial, que en el caso granadino une Lajarón con Cherín, pasando por Órgiva, Torvizcón, Cádiar, Yátor y Ugijar. Por otra parte, tanto la A-4132 que unen Órgiva con Trevélez, como la A-4130 que une Torvizcón y Laroles, configuran el acceso a la llamada alta Alpujarra, estableciendo una línea de comunicación este-oeste, que penetra en el entramado montañoso de Sierra Nevada, uniendo todos los núcleos de población de la zona. Por otra parte, la A-337 que une Cherín y La Calahorra, resulta una importante e histórica vía de comunicación, ya transitada los arrieros, con el Marquesado del Zenete y Guadix a través de la A-92. Cabe señalar la presencia de la antigua GR-41, que une Capileira con Granada a través del Veleta y Prado Llano, en desuso debido las nieves perpetuas durante gran parte del año y las actuales restricciones que otorgan las figuras de protección de esta zona. Por último, en la zona meridional, señalar la importancia de la A-4131 que une el corredor alpujarreño con la sierra de Lújar a través de la Cuesta Camacho, mientras que en la zona oriental, la A-345 une Cádiar con la Contraviesa y la costa. Por último, destacar en La Contraviesa la presencia las vías secundarias GR-5202 y GR-04, que recorren la zona de cumbres.

1.3 Encuadre territorial

El ámbito cuenta con una superficie de 113.990 has, siendo el quinto de mayor extensión de toda la provincia, además de alojar a una población de 24.375 habitantes, distribuida en 25 municipios: Almegijar, Alpujarra de la sierra, Bérchules, Bubión, Busquistar, Cádiar, Cáñar, Capileira, Carataunas, Cástaras, Juviles, Lanjarón, Lobras, Murtas, Nevada, Órgiva, Pampaneira, Pórtugos, Soportujar, La Taha, Torvizcón, Trevélez, Turón, Ugijar y Válór. De todos ellos, solo cuatro concentran al 55,3% de la población alpujarreña, siendo Órgiva (22,4%) el más poblado, seguido de Lanjarón (15,5%), Ugijar (10,7%) y Cádiar (6,6%). Estos núcleos se localizan en las pequeñas depresiones que componen el surco alpujarreño, actuando como microurbes que concentran y ofertan servicios a las zonas montañosas más inmediatas.

Desde el punto de vista territorial, esta unidad paisajística queda enmarcada dentro del dominio Sierras y valles béticos establecido por el Plan de Ordenación del Territorio de Andalucía, y a su vez contenida íntegramente en el subdominio Sierras penibéticas. Esta categoría, hace referencia a las zonas internas de las cordilleras béticas como ejemplo de la alta montaña mediterránea que alberga especiales valores paisajísticos, debido al sustrato geológico, a la agricultura tradicional, la orientación forestal y, en definitiva, a las excepcionales cualidades naturales que encierran sus elevadas cotas. Dicho valor se pone de manifiesto mediante la acreditación de la máxima protección y reconocimiento nacional e internacional con la declaración de Reserva Nacional de Caza (1966), Reserva de la Biosfera (1986), Parque Natural (1989), Parque Nacional (1999), Z.E.P.A. (2002), Lugar de interés comunitaria para la Red Natura 2000, así como la Carta Europea de Turismo Sostenible (2004). De estas figuras de protección, las más interesantes desde el punto de vista paisajístico, son las de Parque Natural y Nacional. El primero se extiende desde la carretera A-4130 en una línea que recorre casi todos los núcleos de población alpujarreños, hasta los 1800 m aproximadamente, mientras que el Nacional se extiende ahí hasta las altas cumbres nevadenses.

1.4 Contextualización paisajística

El Atlas de los Paisajes de España (2003) diferencia tres áreas paisajísticas dentro del ámbito alpujarreño: Macizos montañosos béticos, Valles y corredores intramontañosos béticos y Sierras litorales y sublitorales béticas. Los Macizos montañosos béticos, hace referencia en general al bético interno y estrictamente a Sierra Nevada, ubicada en la zona septentrional del ámbito a partir de los 1300 m aproximadamente. Se trata de un

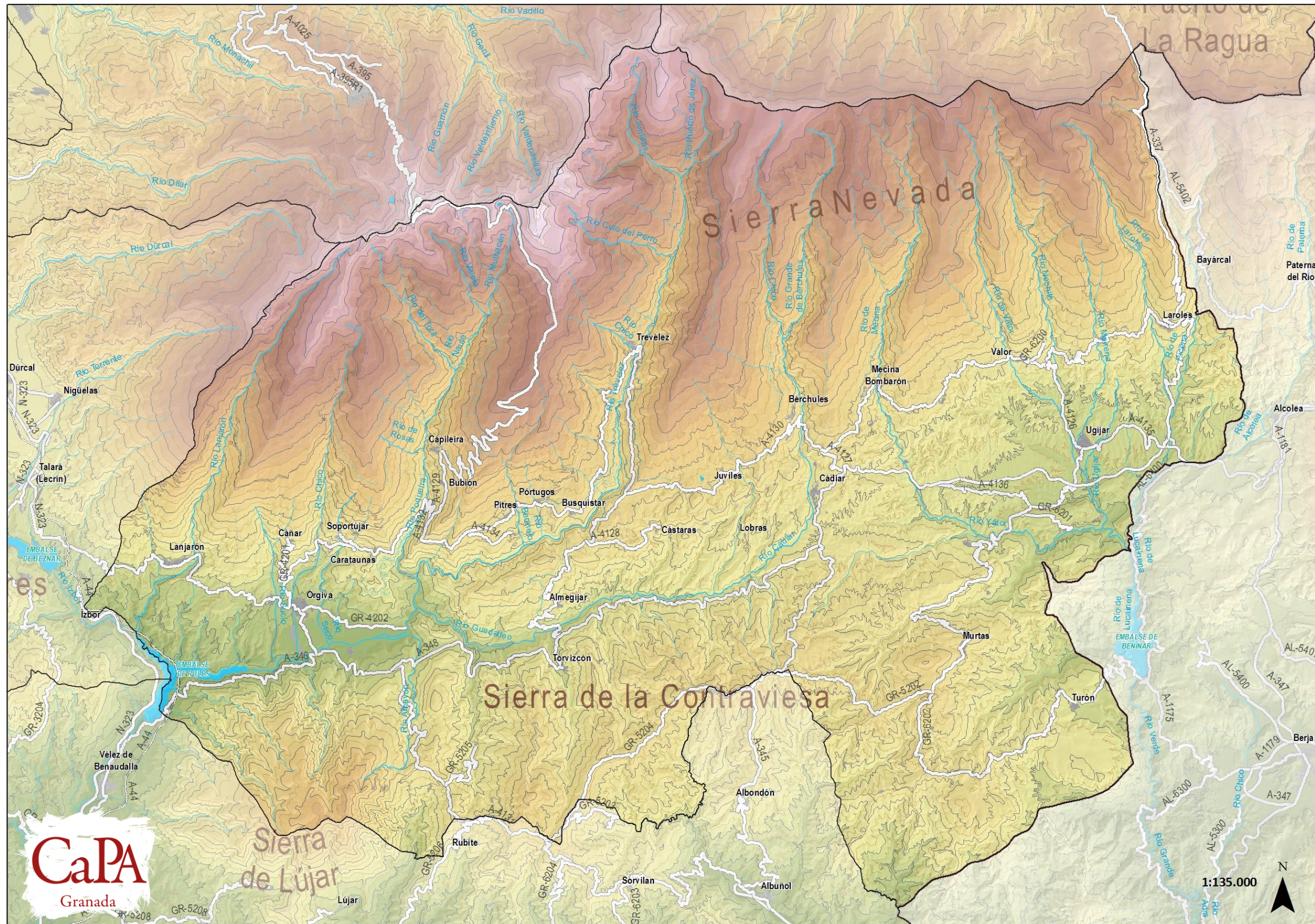
área que contiene de elevado desarrollo altitudinal, donde se mezcla una morfología de grandes lomas con modelado glaciar y periglacial, junto a unas duras condiciones climáticas de alta montaña, dando como resultado un elevado número de especies endémicas y una excelente riqueza de hábitats y ecosistemas, como las praderas alpinas o borreguiles, los piornales y el matorral almohadillado o algunos bosques relicticos de encinares o de robledales. Por otra parte, el área Valles y corredores intramontañosos béticos ocupa una franja alargada adyacente a la anterior, que recorre todo el ámbito de oeste a este, concordante con los ejes montañosos. Se caracteriza por una serie de valles transversales, muy encajados, que desciende de las altas cumbres y por la presencia de los núcleos de población que aparecen colgados en las laderas, siguiendo la pendiente con casas encajadas de tejados planos a un agua y chimeneas con forma de sombrero. El elemento fundamental del paisaje son los cultivos aterrazados en bancales, cuyo elemento esencial es el agua que desciende de las altas cumbres, que se canaliza hasta las parcelas de regadío, a través de una compleja red de acequias. Por último, la tipología Sierras litorales y sublitorales béticas se extiende por el ámbito meridional, esto es, por las sierras de Lújar y La Contraviesa que al igual que todo el conjunto sigue la dirección oeste-este. La sierra de Lújar, constituye el extremo occidental y más elevado de la alineación, cuyos materiales calcáreos presentan una topografía muy abrupta. Mientras que en La Contraviesa, las formas alomadas y el hábitat diseminados de cortijos y lagares, dominan un paisaje árido donde los cultivos de secano y, concretamente el viñedo, se mezclan con frutales, como almendros o higueras, y encinares adhesados, además de la presencia del alcornoque del Haza del Lino, único en Andalucía oriental, siendo la formación de alcornoques de mayor altitud de Europa.

Por otra parte, el Mapa de los Paisajes de Andalucía (2003) determina tres categorías para La Alpujarra. En primer lugar, las altas cumbres nevadenses quedan bajo la tipología Serranías de alta montaña que se extiende a partir de los 2000 m de altitud. El tipo Serranías de montaña media engloba el resto del ámbito, incluyendo las laderas meridionales de Sierra Nevada, las sierras de Lújar y La Contraviesa y el surco alpujarreño, a excepción de la vega de Órgiva, delimitada como Vegas y valles intramontañosos, siendo la tercera categoría recogida en el ámbito.

En este área de paisaje se pueden encontrar los siguientes tipos paisajísticos a escala subregional (T2) y comarcal (T3):

- T2_1 Altas cumbres silíceas con formas glaciares y periglaciares
- T2_2 Alta montaña silícea de modelado periglacial y cumbres calizas supraforestales
 - T3_1 Alta montaña silícea oromediterránea
 - T3_2 Alta montaña caliza oromediterránea
- T2_3 Macizos montañosos y vertientes supramediterráneas de dominante forestal
 - T3_1 Vertientes silíceas supramediterráneas
 - T3_2 Macizos montañosos calizos supramediterráneos
- T2_4 Sierras y colinas con coberturas agrícolas y vegetación natural
 - T3_1 Sierras y colinas mesomediterráneas con predominio del olivar
 - T3_2 Colinas y lomas mesomediterráneas de herbáceos y leñosos en secano con espacios de vegetación natural
 - T3_3 Laderas montañosas mesomediterráneas de dominante natural con cultivos de secano
- T2_5 Valles y depresiones intramontañosos
 - T3_1 Valles intramontañosos con mosaico de regadío y espacios mixtos en secano
 - T3_2 Depresiones intramontañosas de dominante agraria con vegetación natural sobre badlands
- T2_6 Alineaciones montañosas litorales y sublitorales
 - T3_1 Sierras litorales y sublitorales de dominante caliza y vocación forestal
 - T3_2 Laderas silíceas con mosaico de regadíos en terrazas y vegetación natural
 - T3_3 Sierras litorales silíceas con predominio de leñosos en secano y vegetación natural
- T2_10 Litoral acantilado y llanuras aluviales con ramblas y deltas
 - T3_2 Delta del río Guadalfeo y su vega

ALPUJARRA GRANADINA



Fuente: Elaboración propia a partir de cartografía 10.000 del IECA.

2 CARACTERIZACIÓN

2.1 Fundamentos y componentes naturales del paisaje

El ámbito se encuentra dentro de las Zonas Internas de las cordilleras Béticas, presentado una estructura geológica compleja, cuya génesis comienza entre el Precámbrico y el Paleozoico, periodo en el que se aculan grandes espesores sedimentarios en el geosinclinal bético. Se trata de medios ricos en materia orgánica compuestos, básicamente, de arcillas y areniscas. Entre el Paleozoico y el Triásico, continuó dicha sedimentación, comenzando la acumulación de arcillas, areniscas y carbonatos en cuencas aledañas de menores profundidades. Durante las distintas fases del plegamiento alpino, van a ir surgiendo los relieves montañosos, cuyos materiales presentarían distintos grados de metamorfismo, en función de la profundidad de estas acumulaciones. Así, los materiales del Complejo Nevado-Filábride presentan un alto grado de metamorfismo, debido a los más de 6000 m de espesor sedimentario, frente a la escasa transformación del complejo alpujárride. En el Mioceno, emerge un incipiente relieve de Sierra Nevada, mientras que durante el Messiniense surgen las sierras de Lújar y La Contraviesa, configurándose el corredor de la Alpujarra como una cuenca intramontañosa marina para, posteriormente, en el Plioceno, pasar de un medio marino a continental, continuando hasta la actualidad la acumulación de materiales sedimentarios, frutos del desmantelamiento de los relieves adyacentes.

La configuración de las Zonas Internas, determina una estructura de mantos de corrimiento, asociada a los complejos geológicos nevado-filábride y alpujárride. Así, el Complejo Nevado-Filábride se localiza en el macizo de Sierra Nevada, desde las altas cumbres hasta los 1200 m, aproximadamente, integrando por el manto del Veleta, que aflora en la Peña Caballo y en el Puerto de La Ragua; y el manto del Mulhacén, que ocupa el resto del espacio serrano y se desglosa en las unidades de Soportujar, Lanjarón, Mairena y Laroles. Litológicamente, predominan los micaesquistos con grafito, que le confiere esa tonalidad oscura tan característica, alternándose con feldespatos, biotitas, cloritoides, gneis y anfibolitas, mientras que la zona de transición entre las distintas unidades, se caracteriza por la presencia de mármoles. Por otra parte, el Complejo Alpujárride se extiende desde el contacto con el Nevado-Filábride hacia el sur, conformando la orla carbonatada de Sierra Nevada y las sierras de Lújar y La Contraviesa. Tectónicamente está superpuesto o montado sobre el anterior, dividiéndose en los mantos de Cástaras, Alcázar, Murtas, Lújar, y Adra. Desde el punto de vista de la litología, se caracteriza por materiales poco metamorfizados, presentando una serie inferior de micaesquistos y cuarcitas de tonalidades claras, le siguen una facie de filitas y cuarcitas de colores gris o azulado que constituyen las llamadas "launas", una fase intermedia de calcoesquistos y, por último, hacia el techo las litologías carbonatadas o calizo-dolomíticas. Por último, encontramos dos áreas con materiales sedimentarios a lo largo del surco alpujarreño: una, en la zona occidental, en torno a la vega de Órgiva donde predominan las margas y limos de colores pardos o amarillentos; la otra, se extiende por la zona oriental, desde Cádiar hasta Ugijar, donde predominan los conglomerados, arenas y limos con matriz calcárea, como los de Cádiar, o bien conglomerados con margas y limos como los de Ugijar.

Desde el punto de vista de la morfología, se puede diferenciar tres zonas en función de la litología predominante. En primer lugar, sobre los micaesquistos en Sierra Nevada, predominan formas suaves y alomadas con cimas redondeadas y algunos resaltes de mármoles y gneis. En las zonas más elevadas, el modelado glaciar ha fragmentado y disgregado las rocas, creando canchales de lajas heterométricas. Por debajo de los 1500 m aumenta la pendiente por el encajamiento de los cursos de agua, creando profundos barrancos en uve. La zona de contacto con el complejo alpujárride no supone una modificación morfológica, ya que el modelado sobre filitas es similar al de los micaesquistos. Pese a ello, las filitas agudizan la densidad de barrancos, llegando a considerar formaciones de bad-lands sobre arcillas, limos y filitas del werfenense. Por su parte, el modelado de La Contraviesa se compone de formas alomadas similares a las

de Sierra Nevada y profundos barrancos excavados por la red hidrográfica, mientras que en la sierra de Lújar, predomina el modelado kárstico con formas muy abruptas y fuertes pendientes. Por último, las zonas depresionarias presentan geomorfología diversa con glaciares, mesas y bad-lands sobre depósitos pliocuaternarios.



Cumbres de Sierra Nevada. Autor: Andrés Caballero

Por otra parte, como consecuencia de la compleja morfología, geología y litología del ámbito, encontramos una amplia variedad de suelos, tanto en los ambientes montañosos como depresionarios. En primer lugar, los Litosoles se encuentran en las zonas montañosas elevadas con sustrato rocoso, bien sea sobre micaesquistos grafitosos como en la unidad de La Ragua, o bien sobre los sustratos calizo-dolomíticos de la sierra de Lújar. Estos, se asocian con los Regosoles dístricos en las altas cumbres de Sierra Nevada, mientras que los Regosoles eútricos también desarrollados sobre materiales metapelíticos, presentan una gran extensión en La Contraviesa, siendo característicos de zonas erosivas con cárcavas, laderas desnudas o parcelas de secano u abandonadas. Por su parte, los Regosoles calcáricos se presentan sobre calizas, limos, margas o conglomerados del complejo alpujárride, localizándose en laderas medias y bajas de Sierra Nevada, asociados con los Cambisoles eútricos. Estos, proceden de la degradación de Phaeozem y sustentan encinares, secanos o bien parcelas de cultivos abandonados, localizándose sobre zonas alomadas de Sierra Nevada y La Contraviesa hasta los 2000 m. A partir de esta cota, en Sierra Nevada podemos encontrar Cambisoles húmicos relacionados con Rankeres, que sustentan una vegetación climácica de piornal o lastonar sobre fuertes pendientes. A su vez, localmente podemos encontrar Gleysoles, sobre zonas permanentemente encharcadas como los borreguiles o las fuentes y manantiales de alta montaña, llamados "chorreras", siendo, en general, poco representativos pero de un gran valor ecológico. Descendiendo hasta el surco alpujarreño, encontramos Cambisoles cálcicos en torno a la depresión de Órgiva y la de Cádiar-Ugijar, sobre conglomerados, margas, limos, calizas e incluso esquistos, junto a Fluvisoles, instalados sobre material aluvial y siendo los de mayor potencialidad agrícola. Por último, en las zonas calizo-dolomíticas de Sierra de Lujar predominan las Rendzinas, mientras que en La Contraviesa los secanos se sustentan bajo Cambisoles crómicos asociados, localmente, con Luvisoles crómicos, presentes en los afloramientos rocosos.

En cuanto a la climatología de la zona, podemos distinguir la presencia del clima Continental mediterráneo, localizado en las sierras meridionales y especialmente en el corredor alpujarreño; y un clima de Alta montaña localizado exclusivamente en Sierra Nevada, a partir de 1100 m de altitud. En líneas generales, la altitud de los complejos serranos y la disposición de los mismos en sentido oeste-este, condiciona un gradiente pluviométrico ascendente de sur a norte y especialmente de oeste a este. Así, las altas cumbres de Sierra Nevada presentan valores anuales en torno a 1500 mm, que se

presentan en forma de nieve en cotas superiores a los 2500 m de altitud, mientras que en Lújar y La Contraviesa, los valores oscilan en torno a los 600-800 mm, descendiendo relativamente a lo largo del valle del Guadalfeo y especialmente hacia el extremo oriental. Así, en Órgiva se alcanzan 504,1 mm/año, mientras que en la depresión de Ugijar no se superan los 350 mm o en Turón, extremo oriental de La Contraviesa, se alcanzan los 477 mm/año. Estas precipitaciones se presentan durante el invierno, siendo los meses de diciembre y enero los más lluviosos, mientras que los veranos son tórridos y secos. En cuanto a las temperaturas, en general, se establece un descenso altitudinal progresivo y un aumento hacia la depresión, especialmente hacia la zona oriental. De ahí que en el Veleta se registra una media de 4°C anuales o los 10° de Sierra de Lújar y en la depresión en torno a 13°C. Los inviernos son fríos con medias del mes de enero en torno a 7°C, como los 7,4° de Mecina Bombarón, mientras que la media de julio en Ugijar alcanza los 28,9°C.

Desde el punto de vista de la vegetación natural, en la Alpujarra se pueden identificar los cinco pisos de vegetación existentes para el ámbito mediterráneo. En primer lugar, el termomediterráneo se localiza en las depresiones entre los 500 y 800 m de altitud, representando en el extremo occidental del valle del Guadalfeo y las laderas meridionales de la Contraviesa en torno a Turón y Rubite, por la serie bética y algarviense basófila de la encina (*Quercus rotundifolia*), mientras que la menor disponibilidad hídrica del extremo oriental, determina la presencia de la serie alpujarreño-gadoreño guadaciano-bacense filábrico-nevadense y almeriense del lentisco (*Pistacia lentiscus*), en la cuenca alta del río Grande o de Adra. El encinar protagoniza el escaso estrato arbóreo, relegado a pequeños enclaves como barrancos y laderas resguardadas, siendo el matorral quien protagoniza este espacio. En efecto, destacan las formaciones de retamas (*Retama sphaerocarpa*), hiniestas (*Genista spartioides* subs. *retamoides*) o bolinas (*Genista umbellata*) sobre suelos profundos; mientras que en suelos poco pedregosos domina el espartal con gramíneas vivaces como *Stipa tenacissima*; en litosuelos destacan los tomillos (*Thymus baeticus*, *Thymbra capitata*, *Thymus longiflorus*), el romeral (*Rosmarinus officialis*) o la aulaga (*Ulex parviflorus*); y en suelos pobres en bases se identifican los jarales (*Cistus ladanifer*, *Cistus salvifolius*, *Cistus monspeliensis*) y cantuesales (*Lavandula stoechas*).



Tupido tapiz vegetal en el barranco del Poqueira. Autores: Manuel Carmona y Laura Porcel

El piso mesomediterráneo se extiende entre los 500 y 1300 m de altitud, sobre afloramientos calcáreos en Sierra Nevada y Sierra de Lújar, y sobre las cuarcitas y filitas de La Contraviesa. Se caracteriza por la serie bética marianense y araceno-pacense basófila de la encina (*Quercus rotundifolia*), protagonizada por la asociación *Paenion coriaceae-Querceto rotundifoliae* S. La ausencia de esta como consecuencia de las roturaciones, nos lleva a una primera etapa de degradación protagonizada por los coscojales (*Crataego-Quercetum cocciferae*) y otros matorrales como tomillares,

retamales o espartales, comentados anteriormetne en el piso termomediterráneo. La transición hacia el piso supramediterráneo lo marca la presencia de la serie filábrico-nevadense malacitano-almijareense y alpujarreño-gadoreense silicícola de la encina (*Quercus rotundifolia*), que llega hasta los 2000 m en Sierra Nevada y La Contraviesa. La comunidad climax es la asociación *Adenocarpus decorticans-Querceto rotundifoliae S.*, compuesto por encinar pobre en especies y clareado, que en las zonas húmedas se enriquece con espinar (*Lonicero splendidae-Berberidetum hispanicae subas. Adenocarpetosum decorticans*). En la primera orla de degradación aparecen el escobonal (*Cytisus scoparus*), mientras que en zonas más erosionadas aparecen lastonares (*Dactylo hispanicae-Festucetum scariosae*), jarales (*Halimo viscosi-Cistetum laurifoli*) y pastiza-tomillar (*Plantago radicatae-Festucetum indigestae*).

Es necesario hacer una mención, dentro de esta serie, al alcornocal de Haza del Lino en la Sierra de La Contraviesa, siendo el único localizado en Andalucía oriental y el más elevado de Europa con una altura media de 1300 m. Las características microclimáticas respondne a este hecho, gracias a la humedad aportada por las criptoprecipitaciones, ascendiendo las masas húmedas desde el Mediterráneo hasta alcanzar las cumbres de la sierra. Predominan aquí *Quercus subery* y *Quercus x morissi* mezclados con encinas y acompañados por *Juniperus oxycedrus*, *Daphne gnidium*, *Ruscus aculeatus* o *Saxifraga granulata*. La degradación del alcornocal lleva a un matorral de *Adenocarpus decorticans*, *Retama sphaerocarpa*, *Genista speciosa* o *Crataegus monogyna*. Por otra parte, en Sierra de Lújar encontramos la serie bética subhúmeda-húmeda basófila del quejigo (*Daphno latifoliae-Acereto granatensis S.*). El estrato más evolutivo corresponde a un aceral-quejigal (*Daphno latifoliae-Aceretum granatensis*) cuya orla está representada por espinares (*Crataego monogynae-Loniceretum arborear*, *Lonicero splendidae-berberidetum hispanicae*, *Pruno mahalebo-Berberidetum hispanicae* y *Viburno lantanae-Berberidetum australis*) o pastizales de gramíneas densos (*Eymo hispanici-Brachypodietum sylvatic*).



Alcornocal de la Haza del Lino. Autores: M. Carmona y L. Porcel

El supramediterráneo se localiza en las lomas más occidentales y húmedas de Sierra Nevada y en las cumbres de Sierra de Lújar. En el primer caso, se caracteriza por la serie malacitano-malacitano almijareense y nevadense silicícola del roble melojar (*Quercus pyrenaica*) donde la comunidad climática del melojar (*Adenocarpus decorticans-Querceto pyrenaice S.*) se mezcla con los caducifolios, constituyendo espinar (*Lonicero splendidae-Berberidetum hispanicae subas. Adenocarpetosum decorticans*), mientras que en las facies más secas aparece el escobonal, los jarales y tomillares nitrófilos, junto a cultivos abandonados. En sierra de Lújar, la serie bética basófila seca-subhúmeda de la encina (*Quercus rotundifolia*) que presenta un encinar achaparrado por la altitud y la disminución de las temperaturas, rodeado de espinosas (*Crataego monogynae-Loniceretum arboreae* y *Lonicero splendidae-Berberidetum*

hispanicae), además de comunidades retamoides o lastonares. El piso oromediterráneo es exclusivo de Sierra Nevada y se extiende desde los 2000 m hasta 3000 m, mediante la serie filábrico-nevadense silicícola del enebro rastrero (*Juniperus communis subsp. nana*). La comunidad más evolucionada corresponde al enebral-piornal (*Genista versicoloris-Juniperetum nanae*) cuya degradación daría paso a un piornal de *Genista versicolor* o *Cytisus galianoi* o al tomillar de alta montaña (*Arenario pungentis-Sideritetum glacialis*), además de comunidades rupícolas instaladas sobre paredones (*Sedo brevifolli-Centranthum nevadensis*) o sobre pedregales (*Digitali nevadensis-Senecietum granatensis*). Por último, el piso criomediterráneo se restringe a las zonas cacuminales de Sierra Nevada, desde los 3000 metros hasta el techo de la península. Se trata de la serie endémica nevadense silicícola de *Festuca clementei*, caracterizada por el corte periodo vegetativo, la singularidad de las especies y el gran valor ecológico de las mismas. Dominan los pastos de la asociación *Erigeronto frigidifolii-Festuceto clementei S.*, además encontramos vegetación en ventisqueros (*Omalotheo pusillae-Lepidietum stylati*), en fisuras rocosas (*Sexifragetum nevadensis*) y los pedregales móviles (*Viola crassiusculae-Linarietum glacialis*).

Desde el punto de visto fisonómico, los matorrales (33%) y pastizales (18%) representan en su conjunto, algo más de la mitad de la superficie del ámbito, seguidos por los cultivos leñosos (17,7%), el breñal arbolado (11,3%) y en menor medida los herbáceos (8,8%). Las coníferas apenas suponen un 4,5% y los encinares solo un 2% del total.

2.2_Principales hitos y referencias del proceso de construcción histórica del territorio

Época andalusí

La ocupación de la alpujarra granadina anterior a la época andalusí es muy mal conocida, aunque existen indicios de que la actividad principal fue la minera, practicada sobre todo en la ladera norte de la Sierra de Lújar. Es probable que culturas como las de Los Millares y El Argar, tan orientadas a la minería y la metalurgia, aprovecharan los recursos aquí existentes, tanto en el macizo de Sierra Nevada como en la ladera norte de las sierras de Lújar y la Contraviesa. Se cree que los griegos explotaron el plomo de Sierra Lújar entre los siglos VII y VI a.C. Para época romana ya existe registro literario y arqueológico. Estrabón hace referencia a la existencia de minas de oro en Sierra Nevada y autores contemporáneos a este geógrafo mencionan el laboreo del cinabrio. Por otra parte, el hallazgo de lucernas de barro de época romana testimonia la continuidad de la explotación durante este período.

En el siglo XIV, según Ibn al-Jatib, la anterior división del territorio en ayza' había dado paso a otra en "climas" (*aqalim*) cada uno de los cuales agrupaba un espacio bastante mayor que el de un yuz'. De este modo, los 18 ayza' existentes en el siglo XI se habría pasado a tres, uno de los cuales, Ferreira, estaba formado básicamente por la Alpujarra granadina y una parte de la almeriense. A mediados del siglo XIV se modificó de nuevo la organización del territorio, creándose circunscripciones más pequeñas, las tahas, que, con pocas alteraciones, permanecieron hasta la expulsión de los moriscos. Ciñéndonos a la ladera sur de Sierra Nevada y los Filabres, eran las tahas de Órgiva, Poqueira, Ferreira, Juviles, Ugjíjar, Andarax, Lúchar, Marchena y Alboloduy, cada una de las cuales coincidía con uno de los valles que descendían del macizo. La trama morisca de asentamientos ocupaba en época nazarí esencialmente el área entre el río Guadalfeo y la isohipsa de 1300 metros, lo cual significa que en algunos barrancos sus límites eran más bajos que los actuales. Sin embargo, en algunos lugares se ha encontrado evidencias de áreas irrigadas por encima de los 1400 metros, tal como ocurre en la taha de Ferreira.

La interacción entre la sociedad y el medio se plasma en este período en un sistema de cultivo complejo que requiere un perfecto conocimiento del terreno. Rasgos de ese sistema son la utilización de laderas abancaladas y una densa red de acequias que distribuía el agua ajustándose a reglas precisas, todo lo cual permitió un gran desarrollo

de la arboricultura y la horticultura. En este paisaje agrario, destacaba el cultivo del morol y la cría del gusano de seda, que llegaron a ser casi un monocultivo. Con el morol coexistiría una rica arboricultura, constituida por castaños, nogales, y distintas especies de frutales, estos últimos en las pequeñas hazas donde las hortalizas encontraban espacio. El olivar estaría presente en Lanjarón y Carataunas por la especial gradación longitudinal de sus términos. El trigo y la cebada serían los aprovechamientos cerealistas más importantes y distintas leguminosas y hortalizas completarían el paisaje agrario, en el que también hay que incluir el cultivo de la vid. La ganadería trashumante era otra actividad relevante. El circuito de esta ganadería trashumante tendría su base en los pastos veraniegos de la propia Alpujarra, descendiendo en invierno a los de Dalías o a los situados en las vegas de Motril y Salobreña. Junto a ello, masas de encinas, chaparros y pinos cubrían gran parte de la región, siendo aprovechadas para la recogida de leña y la caza.

Edad Moderna

La Alpujarra granadina fue una de las zonas donde más se hicieron sentir los devastadores efectos de la guerra de 1568-1570. La mayor de las casas fueron destruidas y muchos elementos del paisaje agrario quedaron gravemente dañados, en particular acequias, molinos y hornos de pan. Tras la expulsión de los moriscos, se estima que entre 10000 y 15000 personas de este grupo étnico lograron permanecer en la Alpujarra (nobles que apoyaron la causa del rey, artesanos ligados a la industria de la seda, o esclavos y aquellos que fueron solicitados para las labores de deslinde y amojonamiento de las tierras confiscadas)

El conflicto supuso además profundos cambios en la trama de asentamientos. Muchas de las alquerías, especialmente las que dependían de otras más importantes, fueron abandonadas y el poblamiento se hizo más concentrado, como consecuencia de la regresión demográfica que supuso la expulsión de los moriscos y el proceso repoblador. Según el recuento llevado a cabo en 1576 para el conjunto de la Alpujarra, se asentaron 2020 familias, unas 6798 personas, que ocuparon sólo 38 núcleos de los 112 existentes antes de la repoblación. Los nuevos pobladores, llegados entre 1570 y 1576, procedían sobre todo del Valle del Guadalquivir, Levante, la Meseta y de Galicia, a los que habría que añadir los cristianos viejos que vivían aquí antes de 1568, unas 144 familias, y que sobrevivieron a la guerra. Hacia 1591, la población ya ascendía a 3048 vecinos, unas 9.000 personas, y a comienzos del siglo XVII, se calcula que los habitantes ascendían a unos 2350 vecinos, unas 12750 personas, entre el 75 y el 80 % menos que en los años anteriores a la guerra.

La repoblación tuvo, sin duda, importantes repercusiones en el aprovechamiento del medio. El regadío, la arboricultura y la producción intensiva retrocedieron parcialmente y cobró auge el cultivo cerealista extensivo. Se ha defendido en este sentido que ya en estos años se amplió notablemente la superficie cultivada. Sin embargo, estos cambios debieron ser muy lentos, pues las descripciones de Jorquera todavía nos hablan de un paisaje muy arborizado y de una importante producción de seda. Se ha interpretado que este proceso tuvo dos fases: durante los decenios posteriores a la repoblación se habría procedido a una reparación de las acequias destruidas y los repobladores se habrían limitado a ocupar las zonas más inmediatas a la vega, allí donde la puesta en cultivo no suponía grandes dificultades técnicas, tan sólo la mencionada reconstrucción de las acequias moriscas. En un segundo momento, la expansión de la superficie cultivada se habría hecho ocupando pendientes más pronunciadas, lo cual habría exigido un recurso cada vez mayor a los bancales y a las paratas más no menos regulares.

El proceso repoblador desembocó en una estructura parcelaria fragmentada y dispersa, una dispersión que afectaba tanto a las diferentes parcelas que formaban la propiedad como al arbolado que también formaba parte de la suerte. En ello hay una continuidad esencial con las pautas seguidas por los moriscos, los cuales solían repartir su propiedad en diversas hazas, separadas entre sí y con cultivos y calidades distintas de la tierra. Así, si alguna circunstancia hacía peligrar las cosechas, siempre contaban con las otras hazas. En cuanto a la dispersión del arbolado, es otro rasgo morisco que se mantuvo tras la repoblación. Existía una separación neta entre la propiedad del suelo y la del vuelo, de modo que un propietario podía ser propietario de árboles situados en

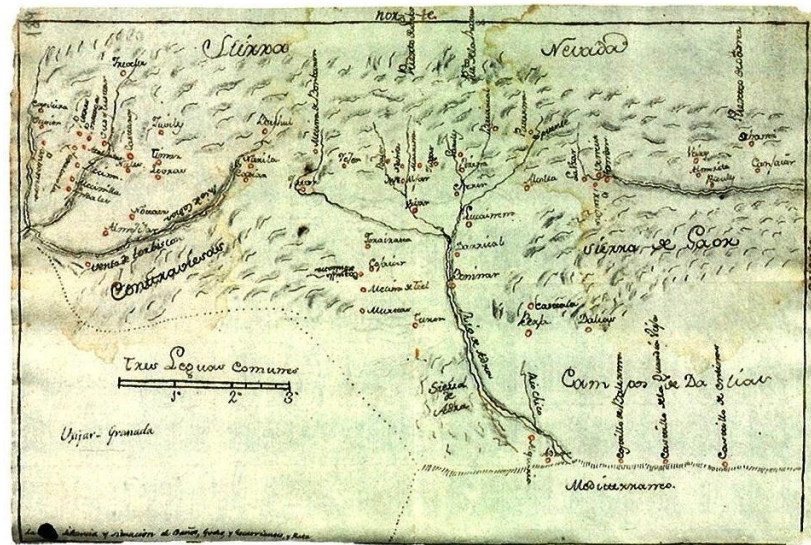
ALPUJARRA GRANADINA

parcelas propiedad de otros. Por otra parte, con el tiempo se fue configurando un orden que puede calificarse como concéntrico, en torno a los asentamientos: en las inmediaciones a los mismos dominaba la parcelación intensa y la pequeña propiedad; a medida que aumentaba la distancia al núcleo aumentaba también el tamaño de las explotaciones y de sus parcelas.

Edad contemporánea

A partir de finales del siglo XVIII aumentaron marcadamente las tierras de secano, especialmente las de orientación herbácea-cerealística, a expensas casi siempre de montes y formaciones boscosas originales. Este proceso roturador continúa y se acentúa a lo largo del siglo XIX, impulsado por las necesidades de abastecimiento a una población en aumento, en un contexto de imposibilidad de aumentar los rendimientos, una imposibilidad que no dejaba otra opción que ampliar la superficie cultivada a costa de la inculta. Este proceso originó, por otra parte, la parcial destrucción de la vegetación espontánea y aceleró la capacidad erosiva de los torrentes. Una parte de los suelos cultivables fueron arrastrados lejos de su primitiva ubicación y llevados hasta el mar, lo que supuso una mayor velocidad en la formación del delta aluvial de la desembocadura del Guadalfeo así como otros menores, como el de la rambla de Albuñol.

Otro proceso relevante es la expansión del viñedo, de especial intensidad entre mediados del siglo XVIII y mediados de la centuria siguiente, llegando a alcanzar las 405'59 hectáreas. Entre las causas de dicho proceso se han planteado una suavización de las temperaturas a lo largo del siglo XIX, que habría permitido la expansión de este cultivo en áreas donde antes no era posible; su buena adaptación a las pronunciadas pendientes de la Alpujarra; o su fácil salida comercial durante este período, en un contexto de economía más abierta y de mayor integración con el exterior. No es casual que Lanjarón, el núcleo accesible desde el exterior, fuera aquél en el que el viñedo alcanzó un mayor grado de expansión.



Fuente: Uxíjar-Granada [Croquis de los municipios en torno a Ugíjar y borde oriental de Sierra Nevada], 1774.

Algunos autores han defendido que a finales del siglo XIX la Alpujarra granadina había alcanzado el techo de sus posibilidades vitales o dicho de otra manera, había alcanzado su capacidad máxima de acogida. Ello se manifiesta en tres procesos que se inician en ese momento y que continúan hasta finales del siglo XX: el retroceso generalizado de los cultivos de secano, que llegan a convertirse en marginales, y la regresión demográfica provocada por el éxodo rural. Este último proceso es especialmente significativo: en 1900 la Alpujarra tenía 66.748 habitantes; en 1920 la cifra ha descendido a 63383. Los decenios siguientes parecieron favorecer de nuevo el aumento demográfico, alcanzándose 73929 habitantes en 1950, un pico que desde

entonces no ha hecho más que retroceder, hasta situarse en los 34705 de 1996, casi la mitad que a principios de la centuria.

Finalmente, cabe mencionar otros dos aprovechamientos de carácter no agrario: las aguas termales de Lanjarón y la minería del plomo en la vertiente norte de la Sierra de Lújar. Las propiedades medicinales de las primeras fueron descubiertas finales del siglo XVIII, y su explotación comercial comenzó a finales del XIX, a cargo de la Duquesa de Santoña, que inició la edificación del actual edificio del Balneario de Lanjarón. En cuanto a la minería del plomo en la sierra de Lújar, se expandió durante la primera mitad del siglo XIX, de modo que en 1842 se contabilizan 59 minas de plomo y 5 de cobre. En 1856 existían 64 pozos y en 1860 estaban en funcionamiento 9 fábricas de fundición. Se formó pues una auténtica cuenca minera, la de Órgiva, núcleo que vio como su población creció sustancialmente en este período. A fines del siglo XIX la extracción de plomo ha retrocedido sensiblemente, quedando en 1894 tan sólo 18 minas. Es en este período cuando se forma la sociedad "Minas y Plomos de Sierra de Lújar", de capital malagueño. Después de la guerra civil de 1936-1939 entra en escena la compañía Minas de Peñarroya, que explota los pozos más importantes, tales como los de Carriles, El Señor de la Expiración, San Luis y la Mala Noche, donde trabajaron más de 300 mineros.

2.3_Dinámicas y procesos recientes

La disposición casi rectangular del macizo de Sierra Nevada, con orientación predominante oeste-este, permite diferenciarle dos vertientes fundamentales: la septentrional fría y húmeda, y la meridional cálida y seca. Estos perfiles térmicos y pluviométricos oscilan según la gestión que de sus recursos hace el hombre, en especial del hídrico, ejemplificándose mejor que en ningún otro hecho en la milenaria distribución de las aguas del deshielo, que permite recrear todo un vergel mediante un complejo sistema de acequias, aunque para ello haya sido preciso abancalar previamente la pronunciada pendiente a través de un ingenioso sistema de balates y paratas. La minuciosa construcción de este espacio y sus peculiares características hacen que no pueda cambiarse radicalmente, ni siquiera adecuarse a usos diferentes de forma fácil o inmediata, siendo por ello una de las unidades que menos cambios ha experimentado de la Provincia y que en menor porcentaje ha afectado a su superficie: un 59,6% entre 1956 y 2007. El principal cambio acontecido es el del incremento de la masa forestal, que pasó de ocupar el 63,6% en 1956, al 72,2% en 2007, con notable incremento del bosque de coníferas de reforestación (+6.160 has.) y el matorral con árboles (+5.068 has.); todo ello a costa de la superficie cultivable, que se ha reducido en ocho puntos porcentuales, con especial significación en las tierras calmas y de labor (-4.757 has.) y los cultivos mixtos de herbáceos y leñosos (-4.551 has.). Por tanto, puede hablarse de una parcial sustitución de los usos agrícolas por forestales, así como de un cierto abandono del campo, especialmente en aquellos espacios que resultan menos productivos, menos rentables y/o más laboriosos. Con todo, la diversidad de usos no se ha visto alterada sustancialmente, pues si antes (1956) los cinco principales suponían el 81,8%, recientemente (2007) representaban un equiparable 82,5%, sólo que habiéndose alterado los órdenes en la línea apuntada (ver gráfico).

El agua, y su gestión, recualificaron y diversificaron un paisaje impropio de la connatural sequedad de la zona. Las nieves de Sierra Nevada, la gravedad y la mano del hombre han hecho de esta vertiente meridional, fisiográficamente seca, una tierra cultivada y feraz, en la que el complejo recorrido del agua a través de cauces naturales y artificiales alcanza innumerables predios y, a su vez, determina las cotas de muchas especies mesofíticas, algunas de ellas con notable presencia para el paisaje, como las arbóreas (castaños, serbales, fresnos, robles, etc.); provee a los núcleos de agua potable; proporciona aprovechamientos mineromedicinales a través de numerosas surgencias con distintas composiciones hidroquímicas; depara la energía suficiente para el funcionamiento de molinos hidráulicos de molinencia, minicentrales hidroeléctricas y explotaciones mineras, de vital importancia para la diversificación economía de La Alpujarra, sobre todo durante la fase autárquica; y sustenta las paratas cultivables, permitiendo la agricultura de policultivo de regadío en terrazas (4.729 has.) y ciertas formas agro-forestales, inusuales en estas condiciones xéricas, como los castañares, las nogueras o los cerezos (2.553 has.).



Central Hidroeléctrica Pampaneira. Autores: M. Carmona y L. Porcel

Aún con todo, el ámbito ha perdido superficie regada en el periodo considerado (-387 hectáreas), aunque cabría precisar que el déficit se produjo en los leñosos y herbáceos de regadío (-512 has.) y no tanto en los frutales regados, que incluso incrementaron su presencia (+125 has.), gracias a la expansión de los cítricos en el entorno de Órgiva, el único ámbito termomediterráneo de la unidad, y muy posiblemente afecto a su transmisión desde el Valle de Lecrín. Por otro lado, las brumas marinas que ascienden por la sierra de la Contraviesa desde el mar permiten la existencia del alcornocal más oriental de Andalucía, en Haza del Lino, constituyendo un bosque insólito bajo estos parámetros pluviométricos.

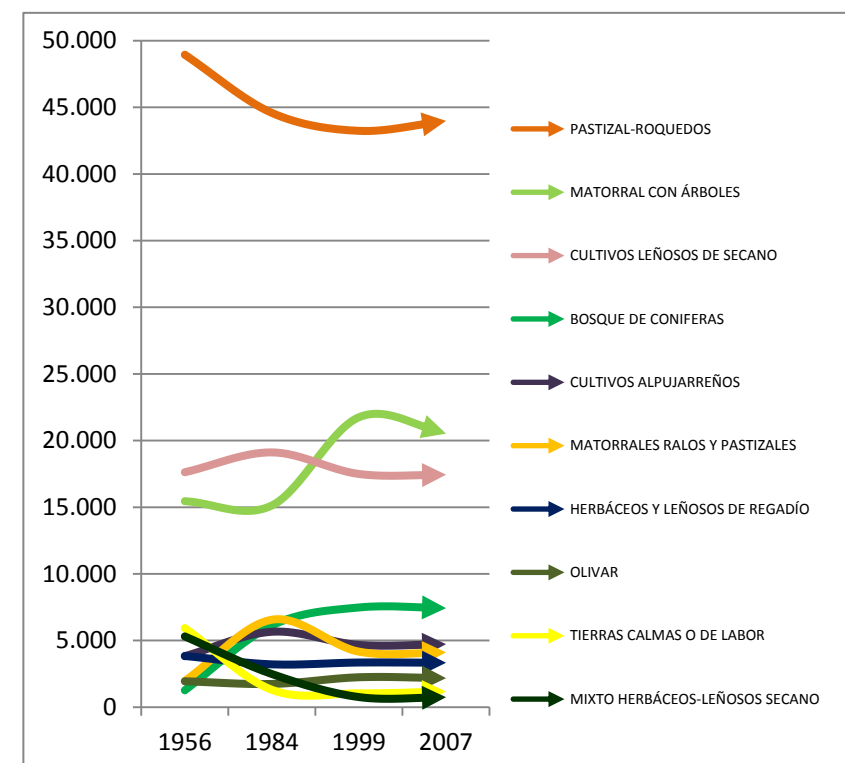


Gráfico 1. Evolución de los usos del suelo entre 1956 y 2007. Fuente: Elaboración propia.

El constante esfuerzo por arbolar Sierra Nevada configura el paisaje de la unidad a media-larga distancia. Tras el incremento generalizado de la superficie forestal de la unidad se ocultan algunas distinciones que es preciso desentrañar para comprender el sentido hacia el que se dirigen las distintas formaciones. Así, aunque las masas boscosas y de matorrales han crecido considerablemente (7.593 y 7.229 has.), los pastizales y roquedos se han visto muy mermados (-4.960 has.). El motivo del incremento del matorral hay que encontrarlo en el abandono del campo, especialmente donde resulta más relicto; mientras que el incremento de los bosques se halla precisamente en las pérdidas de los pastizales y roquedos, con hasta 4.718 hectáreas transferidas durante el periodo 1956-2007, siendo el bosque de coníferas el mayor beneficiario, con un aumento de 6.160 hectáreas para el mismo periodo. Por tanto, podría decirse que se sustituye una importante parte del pastizal-roquedos por el bosque de coníferas, en los distintos procesos de reforestación emprendidos, sobre todo en las laderas de Sierra Nevada, aunque también algo en La Contraviesa; y aún con todo, el pastizal-roquedo sigue siendo el uso mayoritario, ocupando el 38,6% en 2007, tal y como corresponde a una zona tan de alta montaña como ésta. Estos bosques de reforestación van a transformar drásticamente el paisaje de La Alpujarra: en primer lugar porque tanto en verano como en invierno contrastan colores y volúmenes muy diferentes sobre la ladera; segundo porque los rodales reforestados se llevaron a cabo siguiendo patrones muy racionalistas, y en consecuencia presentan límites perfectamente delimitados y alineaciones que siguen exactamente las cotas de nivel; y tercero porque los riesgos, naturales y antrópicos, se hacen especialmente patentes en ellos, cual es el caso de la presencia de claros debidos a canchales, arroyadas, cortafuegos, incendios, etc., o el difuminado de los límites por evolución natural de las especies o por inadaptación de las mismas a las circunstancias limitantes del medio. En conclusión, el arbolado de Sierra Nevada ha supuesto su diversificación y recualificación en el plano corto-medio, pero también una cierta estandarización y desarticulación del paisaje en el plano medio-largo, singularmente manifiesto desde algunas infraestructuras y poblaciones.

El frágil equilibrio entre los pueblos serranos y su paisaje ha permitido una conservación adaptativa ampliamente reconocida, pero no exenta de amenazas. A uno de los ámbitos ambientalmente más protegidos de toda Andalucía no le corresponde sino una protección patrimonial y paisajística equivalente. Éste ha sido el cometido de la declaración en 1982 del Conjunto Histórico del Barranco del Poqueira (Capileira, Bubián y Pampaneira), así como del Sitio Histórico de la Alpujarra Media Granadina y La Tahá (2007). Con el primero se construiría la imagen prototípica del paisaje alpujarreño, en especial en cuanto a la relación entre núcleos urbanos y ruedos aterrizados próximos; mientras que con el segundo se advertiría, entre otras muchas prevenciones, sobre la conveniencia de proteger determinadas panorámicas desde y hacia los núcleos. El hecho es que juntos suponen el ámbito histórico-patrimonial protegido más grande de Europa, lo que da significación de su envergadura e importancia.



Trevélez, con varios secaderos de jamones (izquierda). Autores: M. Carmona y L. Porcel

Además, a estas consideraciones se le une la reciente propuesta de declarar La Alpujarra como Patrimonio Mundial de la UNESCO, hecho que de lograrse supondrá el definitivo aldabonazo al interés paisajístico-patrimonial de la comarca. Pero nada de lo anterior conjura las importantes incertidumbres que se ciernen sobre este paisaje, sobre todo por causa del despoblamiento y/o envejecimiento de la población, con el consiguiente riesgo de abandono de cultivos, pérdida de las técnicas tradicionales, deterioro de terrazas y acequias, etc. Además, y paradójicamente, aunque el turismo ha constituido un elemento dinamizador de la economía interna, al mismo tiempo ha restado mano de obra al sistema agrícola, que está precisamente en la base del sostenimiento de los complejos paisajísticos y, por ende, del atractivo de estos espacios. A su vez, los escasos planeamientos urbanísticos concluidos no permiten la conveniente preservación del suelo no urbanizable, ni evitan el desentono de algunas edificaciones; la 'pristinación' de algunos núcleos corre el riesgo de convertirlos en museos inertes, por más que supongan un reclamo turístico de primera entidad; y la disposición de algunas infraestructuras particularmente perturbadoras amenazan con herir partes o panorámicas esenciales de este paisaje, especialmente sensible a la alteración de su topografía. En definitiva, un paisaje singular que requiere de acciones e inversiones bien articuladas, de una cuidadosa planificación territorial y de un buen tratamiento paisajístico.

3_CUALIFICACIÓN

3.1_Percepciones y representaciones paisajísticas

3.1.1_Evolución histórica de los valores y significados atribuidos al área

El Antiguo Régimen

Durante el período comprendido entre la conquista castellana y la expulsión de los moriscos del Reino de Granada, la visión de la Alpujarra por parte de los autores castellanos estuvo condicionada por cuestiones políticas y geoestratégicas: la resistencia de los moriscos a asimilarse con la sociedad castellana, la guerra de 1568-1570 y la expulsión de este grupo étnico del Reino de Granada. Las Alpujarras eran calificadas en este período con adjetivos como "tierra rencillosa y pendenciera", "borrascosa", "indomable" o "fortaleza de monfies". Los siglos XVII y XVIII continuarán, en líneas generales, apoyándose en las crónicas de la conquista y la rebelión morisca, sin aportar una visión renovada del ámbito.

Sin embargo, hay una obra del siglo XVIII que escapa a esa tendencia: *Cielo y suelo granadino* de Francisco José Fernández Navarrete, escrita en 1732 e inédita hasta 1997. Es especialmente interesante la distinción que hace de la Alpujarra y el valle de Lecrín: mientras la primera comarca se representa áspera y montañosa -sólo al lado de los cursos fluviales se observa vegetación-, el valle de Lecrín ofrece distintos verdes que indican su carácter de vergel.

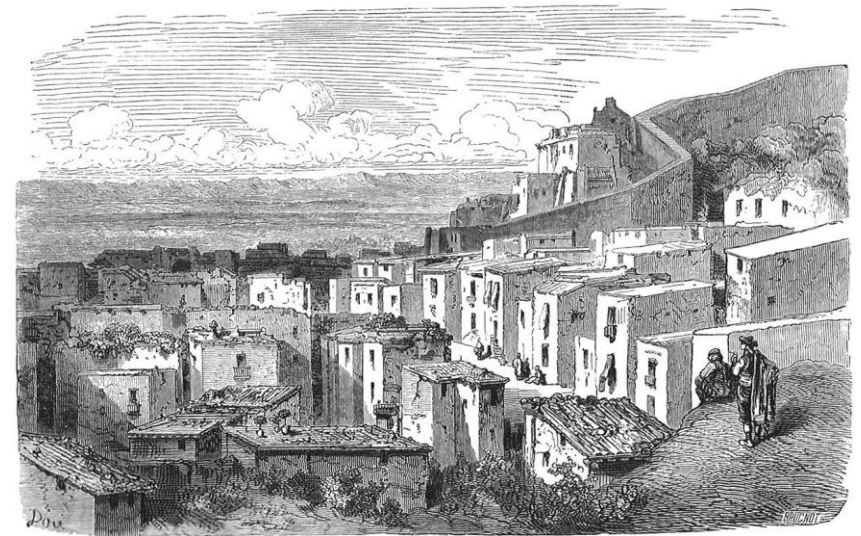
Durante esta misma centuria empiezan a aparecer representaciones cartográficas cada vez más exactas y rigurosas. Tienen interés en este sentido algunos de los croquis cartográficos de Tomás López de la década de los 70, donde puede distinguirse con nitidez el sistema de asentamientos: los pueblos situados en la cuenca del Guadalfeo (Órgiva, Capileira, Pampaneira, Trevélez, etc.), los distribuidos en la cuenca del río Adra (Ugíjar, Alcolea, etc.) y aquellos que se sitúan en la cabecera del río Andarax (Laujar de Andarax, Fondón, etc.). Aún mayor precisión y detalle alcanzó el plano croquis de Josef Morete (1811) centrado en Sierra Nevada y las Alpujarras, en el cual se representa el

relieve mediante las curvas de nivel, la red hidrográfica, los núcleos de población y las vías de comunicación existentes a principios del siglo XIX.

El siglo XIX

Durante el siglo XIX va formándose un imaginario propiamente paisajístico de la Alpujarra granadina. A este respecto tiene especial importancia el libro *La Alpujarra. Sesenta leguas a caballo precedidas de seis en diligencia* (1873), del escritor acitano Pedro Antonio de Alarcón (1833-1891). Se trata de una obra de gran complejidad en la que confluyen dos géneros y, a través de ellos, dos ejes temáticos: el paisaje de la Alpujarra, descrito a través de un relato de viajes, y la rebelión morisca, narrada a través de un relato histórico novelado que bebe de las crónicas de los siglos XVI y XVII. Estos dos registros están entrelazados: el relato de viajes nos va presentando los diversos escenarios donde se desarrolla una tragedia, la rebelión morisca; una vez presentado el escenario, se relata el episodio bélico que corresponda. De este modo, relato de viajes y relato histórico se van potenciando mutuamente, atrapando al lector.

Sin embargo, antes de esta obra el romanticismo había hecho aportaciones pictóricas de relevancia, como *Gargantas de las Alpujarras* (1848), de Gustavo Pérez Villamil. Es este cuadro un ejemplo destacado de la pintura topográfica de carácter heroico ejercida por el pintor escocés David Roberts. En la década de los 70 Gustavo Doré representó, en uno de los grabados de *L'Espagne* de Davillier, el barranco de Poqueira como un escenario de vértigo, en el que dos personajes se enfrentan a un desfiladero que conduce al vacío.



Fuente: Gustavo Doré, View of Lanjaron in the Alpujarras, 1876.

Se trata de una de las características obras de Doré, donde la verticalidad del relieve, con sus tremendos claros y oscuros, componen escenas donde el hombre se enfrenta a la inmensidad del vacío generado por un precipicio.

Los siglos XX y XXI

Durante el siglo XX se ha ido imponiendo una interpretación de la Alpujarra como paisaje natural y agrario de una singular diversidad procedente del escalonamiento de microclimas que van desde el alpino al tropical. Ese es el origen de la frase ya tópica: "Es como un paseo del Polo al Trópico", que se ha ido repitiendo después en tantas guías turísticas contemporáneas.

En ello tuvo gran importancia el hecho de que, en el primer tercio del siglo XX la Alpujarra se pusiera de moda, primero entre artistas y escritores extranjeros y, más tarde, entre los españoles. Gerald Brenan fue un pionero de esta tendencia, encontrando en estos paisajes argumentos para construir algunos de sus mejores

libros, en los cuales se comparan las costumbres y la paz de las pequeñas poblaciones alpujarreñas con el ambiente anónimo, artificial y aristocrático del barrio londinense de Bloomsbury. En relación con el paisaje natural y agrario, Brenan no se queda en la observación impresionista de autores como Pedro Antonio de Alarcón, sino que busca expresar las emociones y pensamientos que se derivan de vivir en la Alpujarra, trascendiendo las impresiones del viajero.

Esta visión de la Alpujarra como lugar donde vivir una vida más auténtica y escapar de la civilización moderna está en la misma raíz del desarrollo del turismo en este ámbito a lo largo del siglo XX. Es una percepción que coexiste con un espectacular desarrollo de las representaciones iconográficas, que centran su atención en el relieve, el paisaje agrario, la arquitectura popular y el modo de vida tradicional, o los beneficios de las aguas de Lanjarón. Justo los elementos que resultan más atractivos para el tipo de turismo que visita la comarca alpujarreña, amante de un ritmo de viaje lento, pausado, que saborea los valores paisajísticos con detenimiento y en los que prima el paseo frente a la visita apresurada. Obras recientes como las de Francisco Carreño, Jesús Conde o Carlos Pérez Siquier testimonian lo dicho anteriormente.

Por otra parte, producciones audiovisuales como *A vista de pájaro* o *Andalucía es de cine*, han sintetizado y transmitido los diversos tópicos elaborados por la tradición literaria e iconográfica: su asociación con los moriscos y su rebelión, su carácter de paisaje natural y agreste, la singularidad de su paisaje agrario, la acusada personalidad de sus paisajes urbanos; o la importancia del agua como clave paisajística. Además de valores generales, estas producciones han centrado su intención en ciertos lugares especialmente connotados: el puente de Tablate, considerado como el acceso a las Alpujarras desde Granada; Lanjarón, considerada como puerta de la comarca, y sus aguas termales; el barranco de Poqueira, en cuyo paisaje agrario poblado de regadas terrazas se emplazan los pueblos de Capileira, Bubión y Pampaneira; Trévez, quizás el pueblo más emblemático de este ámbito y Órgiva, considerada como la capital de Las Alpujarras.



Fuente: Anónimo, Barranco del Poqueira. En segundo término las localidades de Bubión y Capileira. Al fondo Sierra Nevada, 1945. Archivo España.

3.1.2_Percepciones y representaciones actuales

Una de las cuestiones más decisivas en la definición o representación actual de la comarca de la Alpujarra granadina, es que es percibida como una unidad territorial con entidad propia, claramente diferenciada del resto de la provincia. En el proceso de participación ciudadana, cuando se trata de describir y clasificar las diferentes comarcas de Granada, los participantes en las entrevistas o grupos de discusión han situado sin apenas titubeos, la comarca alpujarreña en el mapa, tomando como referencias Sierra

Nevada y la costa. En algunas ocasiones han unido a ésta el Valle de Lecrín o la comarca de Sierra Nevada, pero en todos los casos, ha sido identificada como Alpujarra. Este hecho da cuenta de la relevancia que esta comarca goza entre la población granadina, y que se extiende a nivel internacional como lo muestran las referencias en este sentido de los extranjeros residentes que han formado parte del proceso de participación.

Los ciudadanos granadinos vinculan la personalidad y fama de la Alpujarra a ciertos elementos territoriales y paisajísticos, de carácter natural o antrópico. Por una parte, la presencia de Sierra Nevada y la Contraviesa, la altitud, el clima suave, la abundancia de agua, la orografía, etc., han marcado la cultura y la forma de ser alpujarreña. Las dificultades de acceso han permitido la conservación de una arquitectura típica de casas blancas con "terraos" de launa y "tinaos", en calles estrechas que se ciñen a las curvas de nivel. Además de una forma de cultivo tradicional, que dibuja un paisaje peculiar por la disposición abancalada de las tierras de cultivo formando terrazas a lo largo de las laderas, balates, eras, acequias de riego y de careo, entre otros elementos. En términos generales es descrito como un lugar tradicional, pintoresco, natural, tranquilo, rústico..., en definitiva, auténtico.

La población local es conocedora de la percepción externa de su comarca y generalmente valora de forma positiva su entorno y paisaje, que conforman una unidad independiente. Aunque influidos por la costa granadina, no se sienten parte de un mismo espacio. Sierra Nevada es considerada como un fragmento de su territorio, obviando otros espacios que también forman parte de ésta (Marquesado del Zenete o los municipios de la zona más Noroccidental). Hacia el norte, Sierra Nevada supone una frontera o muralla natural, que ha supuesto a lo largo de la historia la escasez de relaciones con la vecina comarca del Marquesado del Zenete, ya que sólo existe un punto de paso para los vehículos entre ambas caras de la sierra, el puerto de la Ragua. Mientras que el mayor contacto y similitud se da con la comarca del Valle de Lecrín, aunque sin llegar a ser concebido como Alpujarra.

El discurso de los nuevos pobladores y turistas está muy presente en los encuentros desarrollados con la población autóctona, de manera que, a la hora de describir su comarca, hacen referencia a aspectos que son destacados por aquellos ciudadanos que han elegido a la Alpujarra como lugar de vida o de esparcimiento. Destacan los ritmos lentos, la tradición, la energía que desprende y de un modo más general, la calidad de vida que ofrece, elementos muy atractivos para la población foránea, puestos en valor por la población autóctona. Pero también existe un contrapeso a esta visión que consideran de algún modo idealizada. Porque este prototipo ideal de paisaje, como un lugar cuidado, no alterado, etc., tiene el riesgo de convertirse en un lugar de postal, prácticamente inhabitable. Es decir, las medidas de protección, las demandas del turismo, etc., parecen relegar las necesidades de la población local, que se siente sofocada y acaba por dejar su pueblo, lo que a su vez es considerado como el principal riesgo de la zona. Si la gente abandona sus pueblos, sus tierras, se produce un impacto muy negativo en el paisaje, y por tanto, el deterioro del principal recurso y valor de esta comarca.

En el discurso de la población autóctona se combina la satisfacción de vivir en un espacio natural privilegiado, con la crítica a las dificultades de vivir y trabajar en un lugar como éste. Por una parte, las limitaciones naturales y sobrevenidas, unidas a la escasa rentabilidad de su producción agraria, convierten a la agricultura prácticamente en inviable. Quienes se dedican a las actividades agrarias no lo puede hacer de forma exclusiva, así las tareas del campo quedan relegadas a los fines de semana y vacaciones y a la población ya jubilada, o lo que es aún más grave, a su abandono. De modo que los conocimientos no se están pasando de una generación a otra porque el campo no es rentable, la gente emigra y las generaciones jóvenes apenas tienen conocimiento de esas formas tradicionales. Además de la reducción de la actividad económica, la transformación de la agricultura o su abandono, supone la destrucción de una buena parte del patrimonio alpujarreño. Por ejemplo, uno de los mayores impactos percibidos por la población local es la cimentación de acequias, o la entubación del agua, que provoca la pérdida de vegetación, la caída de balates, etc. Además el abandono de la forma de agricultura tradicional también se observa en el uso o abuso de insecticidas o pesticidas, que ha supuesto el empobrecimiento del suelo, y la pérdida de diversidad

de la flora y fauna. Pero estas transformaciones son consideradas como inevitables, consecuencia de la situación actual.

"-Yo me voy al campo. Todo el mundo tiene una goma en su campo, y no se canaliza, vamos, el agua no va por sus acequias como antes, y eso hace que no se filtre, y entonces la vegetación se va secando. Hay muchas gomas, demasiadas

- Pero vamos a lo mismo, hay gomas porque hay abandono (...) Poner la goma es lo peor que puede haber, y te lo digo yo que tengo una goma en mi cortijo, y lo tengo porque, porque lo tiene todo el mundo, el agua se me pierde por la acequia, no va, no va..." (Grupo de discusión con población autóctona. Alpujarra).

De forma similar a lo que ocurre con la agricultura, la población local también se queja de las trabas impuestas a la ganadería, cuyo papel se ha reducido mucho en las últimas décadas, especialmente el de la no estabulada. Además de hacer referencia a este hecho como una reducción de las oportunidades laborales, lo consideran una pérdida para la cultura tradicional y para el típico paisaje alpujarreño del que formaban parte los rebaños de vacas, ovejas o cabras. Además, defienden la importante labor que ejerce el ganado en la limpieza y fertilización de bosques y caminos rurales, cada vez más abandonados y vulnerables a los incendios.

Otro ejemplo, serían las controversias generadas en torno a las diferentes medidas de protección de las que son objeto sus territorios. La mayoría de los municipios forman parte del Parque Natural y del Parque Nacional de Sierra Nevada; también están protegidos, por su valor patrimonial en el Sitio Histórico de la Alpujarra, con carácter de BIC, y el Conjunto Histórico del Barranco del Poqueira. Entienden que si no hubiese sido por esa normativa tan restrictiva, vigente desde hace décadas, la Alpujarra habría sido transformada, como ha ocurrido con otros muchos lugares, y habría perdido su identidad, y por tanto su atractivo. Pero a la vez existe la percepción de que la gestión y política se ha olvidado de la población local, a la que no les deja opciones, para la que todo son limitaciones. Son especialmente críticos con lo que califican como una grave restricción al uso y disfrute de sus propiedades, ya que por una parte deben pedir permiso y están muy limitados a la hora de llevar a cabo cualquier acción dentro de sus fincas, como cortar un castaño que se ha secado, pero a la vez, no reciben ningún tipo de ayuda o contrapartida. Lo mismo ocurre en el tema de la rehabilitación o construcción de viviendas, para la que deben ajustarse a una fuerte normativa, que supone el aumento de los gastos, pero no se ven recompensados con ninguna ayuda o subvención pública. En la actualidad, ni siquiera contratan población local para la limpieza y conservación de los bosques, que consideran abandonados, mientras que explotarlos ayudaría a cuidarlos. Por tanto, su discurso se centra en devolver el entorno a sus habitantes, para que sea más habitable, desarrollando actividades sostenibles, porque un paraje es difícil de mantener sólo para contemplar, porque si la gente no puede vivir se abandona.

"-Tenemos un entorno privilegiado que tenemos que cuidar, tenemos que mimar" (Grupo de discusión con población autóctona y nuevos pobladores. Alpujarra).

El extracto de conversación anterior refleja una posición ante el entorno, el paisaje, como un valor en sí, que han heredado y que deben conservar para las generaciones venideras. Pero a lo largo de los encuentros llevados a cabo con población local hemos observado que en muchas ocasiones, si bien suelen estar de acuerdo con la belleza de su entorno, el principal valor de éste, es su capacidad para atraer al turismo. Por tanto, de nuevo estaríamos ante la idea de que la dimensión productiva o útil del paisaje parece ser la más importante, quedando relegadas a un segundo plano las demás esferas (natural, escénica e identitaria). Ello explica que en algunos de los discursos de la población autóctona, mediados por la situación de crisis económica y la consecuente reducción del turismo rural, estén modificando esta evaluación de su entorno, y hagan hincapié en algunos de los aspectos considerados negativos o contrarios a un posible desarrollo alternativo de la comarca.

No obstante, existen colectivos de ciudadanos con otro perfil sociodemográfico, con otra concepción del paisaje, que observan unos impactos y alteraciones negativos no considerados por la población mayoritaria. Por ejemplo, la recuperación de tierras de cultivo, muy bien valorada por la población autóctona, puede ser un problema si se destinan a cultivos no tradicionales, especialmente agricultura intensiva en

invernaderos, ya que además de su impacto visual, no respeta el sistema de riego tradicional a través de acequias. También son muy críticos con la expansión urbanística especialmente ligada al turismo o con la construcción de viviendas aisladas en el campo destinadas a población extranjera, especialmente ingleses que buscan un lugar de retiro. Consideran que aunque estas actuaciones a corto plazo supongan ingresos y trabajo para la población local, a la vez son una amenaza, ya que en ocasiones se llevan a cabo acciones en aras del desarrollo económico, que pueden dinamitar el valor y el atractivo de un lugar, basado en el encanto, la autenticidad, la tradición, etc. es decir, una serie de valores muy vulnerables.



Invernaderos en la depresión de Ugijar. Autores: M. Carmona y L. Porcel

3.2_Establecimiento del carácter paisajístico del área

El área paisajística correspondiente a la Alpujarra granadina aparece especialmente asociada a la imagen de un extenso conjunto de valles dispuestos en la solana de Sierra Nevada en donde el agua abundante ha favorecido el cultivo de la tierra y la dispersión de numerosos y pequeños asentamientos. Más allá de esta primera imagen, el fuerte escalonamiento del paisaje y el contraste entre las vertientes de Sierra Nevada y las de Sierra de Lujar y Contraviesa, situadas a uno y otro lado del curso del río Guadalfeo, obligan a establecer notables diferencias de carácter en esta gran unidad de paisaje.

Las cabeceras de los valles alpujarreños se integran en los paisajes de la alta montaña de Sierra Nevada que se extiende desde los 2000 hasta los 3479m. El área de cumbres está marcada por el protagonismo de las rocas y de las formaciones glaciares y periglaciares, de modo que las largas cuerdas o aristas que separan los valles, las planicies cimera cubiertas de bloques o "cascajares" y las grandes oquedades de los circos son los elementos más destacados de un paisaje de aspecto marcadamente lítico, dada la escasez de cubierta vegetal. La vegetación se corresponde escasamente a un pastizal muy abierto, adaptado al frío reinante y a la falta de agua disponible en el suelo, de modo que los tonos grises reflejan la continuidad de los micaesquitos dominantes y el dominio de la roca desnuda. Estos son los elementos característicos de las altas lomas de líneas pesadas cuyo aspecto homogéneo se ve bruscamente interrumpido por las abruptas paredes de los circos. Estas últimas, junto a los principales picos de la Sierra, aportan un carácter muy enérgico a la zona de cumbres.

En el interior de circos y valles glaciares existe una mayor diversidad de elementos, de modo que el paisaje, más acotado aquí, se compone de una sucesión de tajos, gleras de pie de monte y fondos cóncavos en los que se alojan lagunas y borreguiles. Estos céspedes de color, estacionalmente verde oscuro o amarillento, junto a las láminas y cursos de agua, ofrecen un vivo contraste con el aspecto xérico y rocoso del entorno.

Más abajo de la zona glaciada el paisaje se resuelve en una sucesión de lomas de micaesquitos y cuarcitas de perfil suave y grandes proporciones, que se perciben como una mezcla de austeridad y grandiosidad. Estos altos interfluvios apenas se ven accidentados por resaltes rocosos de cuarcitas, denominados peñones, de modo que

acusan una cierta monotonía subrayada por la continuidad de la cubierta arbustiva de piornos y enebros. El encajamiento de los barrancos de la sierra impone sin embargo una arquitectura más abrupta de fuertes incisiones y pendientes acusadas.

Por debajo de los 2000 m, configurado sobre las laderas silíceas de la solana, el paisaje alto-alpujarreño adopta un carácter diferente, que podría calificarse de agroforestal en la medida en que se produce una estrecha convivencia entre el bosque y la amplia franja cultivada. En las zonas más altas el paisaje se compone de grandes extensiones de pinares repoblados de aspecto ordenado que marcan artificiosas líneas geométricas en el contacto con otras masas forestales. Los encinares y los robledales ocupan también parte significativa de estas vertientes abruptas, junto a abundantes superficies de monte bajo, pastizales y algunos antiguos cultivos de altura hoy abandonados. Se trataba de cultivos temporales de primavera-verano situados en el entorno de los "cortijillos" de montaña. Por su parte, en la franja media de los valles el paisaje se construye a partir del exhaustivo acondicionamiento de las laderas siguiendo un complejo sistema de terrazas escalonadas. A ello se suma la histórica práctica del regadío cuyo origen se remonta a la etapa medieval, y que hoy constituye una de las señas de identidad más importantes de este espacio montañoso. Las pequeñas parcelas aparecen ocupadas por cultivos herbáceos, hortícolas y distintos tipos de frutales, olivos, nogales y grandes ejemplares de castaños. Los espacios cultivados suelen formar mosaicos con algunos restos de vegetación natural, incluso pequeños bosquetes de quercineas, que también se refugian en cauces y ribazos donde conviven con caducifolios semicultivados como los castaños, álamos, almeces, etc. En muchas ocasiones los árboles forestales y frutales se disponen en hileras marcando las lindes de los campos y componiendo un original mosaico. Otras veces la expansión del olivar ha transformado notablemente el modelo descrito, mientras que nuevos cultivos hortícolas y formas de regadío y parcelación, más funcionales desde el punto de vista de la producción agraria, han introducido significativos elementos de cambio en el paisaje tradicional. Este sistema se sustenta sobre un modelo hidráulico a base de "careos"—sistema de alimentación de acuíferos subsuperficial— y acequias de tierra que permiten la humectación de las laderas y, consecuentemente, la supervivencia de la vegetación que tapiza los bordes de las acequias, los ribazos, los linderos y los propios bordes de los caminos.

Por otra parte los pequeños y numerosos núcleos de población focalizan la atención del observador por su posición estratégica, por el fuerte contraste de color de sus encalados y por la gran calidad estética de estos pequeños conjuntos que se ajustan a una tipología edificatoria muy original. Un urbanismo y una arquitectura singular desde el periodo andalusí, que actualmente manifiesta procesos de cambio que afectan al paisaje de los pueblos y a las panorámicas en las que éstos juegan un papel muy relevante.



Posición privilegiada de los pueblos, como Laroles. Autores: M. Carmona y L. Porcel

Situado en contacto con el anterior y ocupando el sector más bajo de las vertientes solanas encontramos un segundo tipo paisajístico que coincide con el ámbito de los materiales alpujarreños, donde se asientan pueblos tan relevantes como Orgiva pero también pequeños pueblos más escondidos como Almejjar, Notaez o Cástaras. En los promontorios calizo-dolomíticos el matorral abierto alterna con los suelos desnudos, mientras que las zonas más llanas y deprimidas, de filitas y materiales detríticos, se corresponden con los campos de cultivo. Se trata de zonas regadas conectadas con las de la Alta Alpujarra a través de la red de acequias, si bien en este caso los tipos edáficos y la termicidad del clima han determinado el predominio del olivar frente a la huerta. Los campos de secano son aquí más numerosos y el almendro ha alcanzado un gran protagonismo.

El sector más bajo del valle sinclinal alpujarreño, recorrido por el Guadalfeo, enlaza por su margen izquierda con las vertientes septentrionales de las sierras de Lujar y Contraviesa. Mientras que en el tramo de Lujar el dominio es de los materiales calcáreos y de las coberturas de matorral y pastizal que alternan con restos de bosque mediterráneo, en las laderas de la Contraviesa se dibuja un paisaje original de dominante agrícola. Este paisaje se caracteriza por la sucesión de lomas de perfil suave que descienden a los valles a través de fuertes pendientes sometidas a intensos procesos erosivos. El modelo de organización del espacio, que arranca de la fuerte roturación de tierras del S.XVIII, determina que la matriz dominante corresponda a amplias extensiones de cultivos leñosos en secano (almendros, olivos, higueras y vides) y herbáceos de cereal, que resultan absolutamente dominantes frente a las microáreas irrigadas de los ruedos agrícolas de los pueblos. Tampoco queda mucho espacio libre para las formaciones naturales que se limitan a las cerradas de los barrancos, en los que el aspecto de mayor frondosidad constituye un elemento destacado entre las amplias campos de secano que nos dejan ver la desnudez del suelo durante largos periodos a lo largo del año. El modelo paisajístico se completa con el característico hábitat de "cortijadas dispersas" y la presencia de algunos pequeños núcleos de la red principal de asentamientos.



En primer plano, cortijadas en la Sierra de la Contraviesa. Autores: M. Carmona y L. Porcel

Actualmente el declive de las comunidades rurales y el consecuente abandono de las prácticas agrícolas tradicionales y de los espacios productivos, viene desembocando en un proceso combinado de erosión/matorralización, así como de deterioro de los cortijos y aldeas.

3.3_ Valores y recursos paisajísticos

Valores escénicos, estéticos o sensoriales

- Singularidad y valor estético de los espacios amplios y desolados de las zonas cimera y grandes líneas de interfluvios de las vertientes meridionales de Sierra Nevada.
- Valores plásticos de las pequeñas lagunas glaciares, como las de la Siete Lagunas o la de la Río Seco, y de los céspedes de sus bordes, que constituyen elementos de fuerte atractivo en un entorno de rocas desnudas de colores oscuros.
- Armonía entre los rasgos naturales de un medio abrupto propio de la montaña y las estructuras construidas por las pequeñas comunidades rurales, cuyas actividades tradicionales se han basado en una apropiación racional de los recursos.



Integración de los pequeños núcleos urbanos y su entorno. Autor: Andrés Caballero

- Imagen singular de los paisajes escalonados altoalpujarreños cuya estructura viene marcada por una secuencia de usos reconocible que se ordenan a lo largo de las vertientes de acuerdo a una lógica que se mantiene aproximadamente constante en todos los valles.
- Diversidad interna de los escenarios de la alta Alpujarra que se abren en cada valle por el recorrido que en su imagen panorámica podemos hacer desde las cumbre nevadas hasta las terrazas y riberas de las cerradas de los barrancos, pasando por el espacio forestal, la amplia franja cultivada de las laderas medias o los enclaves de los pueblos.
- El juego de cordales y valles de la Sierra de la Contraviesa permite panorámicas de gran magnitud en donde las coberturas agrícolas estampan líneas bien ordenadas de árboles y un moteado de vides, cuya imagen se enriquece por efecto del fuerte cambio estacional.

- Multiplicidad de puntos panorámicos que propician un intenso intercambio de miradas entre la falda sur de Sierra Nevada y las vertientes norte de las sierras de Lujar y Contraviesa. Miradas que alcanzan además al vecino Valle de Lecrín e incluso al Mediterráneo.

Valores naturales y ecológicos

- Los valores ambientales se ven singularmente reconocidos en una amplia extensión del ámbito alpujarreño ya que parte de la superficie está catalogada como espacio protegido a partir de figuras tan relevantes como la de Parque Nacional, Parque Natural, Reserva de la Biosfera, Zona de Especial Protección para las Aves y Zona de Especial Conservación de la Red Natura 2000.
- Paisajes singulares edificados por la acción glaciaria que mantienen formas heredadas del cuaternario como ocurre con los circos de las cabeceras y otras formaciones de los tramos altos de los valles desde el río Lanjarón hasta el Trevélez. Ello contribuye a incrementar la geodiversidad a nivel provincial y del conjunto de Andalucía.
- Enorme riqueza y singularidad de las vertientes meridionales de Sierra Nevada desde el punto de vista de la flora, la vegetación y la fauna, siendo bien conocida la presencia de especies endémicas así como de especies de carácter relicto que aún encuentran en Sierra Nevada las condiciones ecológicas propias de épocas pasadas.
- Robledales o melojares autóctonos que constituyen formaciones escasas y raras en la Península Ibérica y que se reducen hoy en la Alpujarra a la loma de Cañar, barranco del Poqueira, y loma de Pitres-Busquistar.
- Masas dispersas de bosque autóctono de carácter climácico de encinares supra y mesomediterráneos acompañados de matorral de interés ecológico en proceso de recuperación.
- Los castañares constituyen un elemento muy destacado del paisaje agroforestal introducido como especie cultivada no autóctona ya en la época romana y hoy en parte naturalizado. Los grandes ejemplares de castaños aislados constituyen árboles singulares, que en la Alpujarra tiene un carácter emblemático.
- El alcornoque del Haza del Lino en la Sierra de la Contraviesa es el bosque de alcornoques que se encuentra más al este de la península Ibérica y de Europa, beneficiándose de unas condiciones muy concretas de humedad y exposición a la brisa marina.

Valores históricos y patrimoniales

- La compleja y tupida red de acequias de riego y de "careo", producto del esfuerzo de la ingeniería tradicional y de una cultura histórica del reparto del agua, es uno de los fundamentos sobre los que se construye el paisaje alpujarreño.
- Junto a la red de acequias los bancales o paratas, construidos desde el medievo con muros de piedra seca, permiten el acondicionamiento de las laderas y la práctica del regadío en pequeños campos, conformando agrosistemas de gran valor cultural y ambiental.
- La preservación de la trama histórica de asentamientos, cuyas imágenes de conjunto han mantenido sus rasgos básicos de caseríos compactos escalonados en las laderas, que se adaptan al terreno por adición de pequeños volúmenes cúbicos, típicos de la arquitectura vernácula.
- Elementos singulares de los pequeños núcleos urbanos, como iglesias parroquiales mudéjares, casas nobiliarias, fuentes o lavaderos que actúan como verdaderos hitos urbanos.

- Otros elementos destacados del legado histórico-cultural que conforman hoy el patrimonio material de esta área de paisaje son las edificaciones defensivas (castillos y fortalezas), los molinos, las albercas o los aljibes.
- Los valores culturales se han visto reconocidos con la declaración de bien de Interés Cultural, en la categoría de Conjunto Histórico, en el caso del Barranco del Poqueira, y con la categoría de Sitio Histórico, en el de la Alpujarra Media Granadina y La Tahá.
- Microregadíos de la Contraviesa sustentados en redes de irrigación de origen medieval que realizaban la captación a partir de galerías subterráneas y se completaban con acequias de corto recorrido y albercas de almacenamiento. Estos microsistemas hidráulicos ligados a acuíferos puntuales presentaban ya una gran originalidad en el panorama andalusí.
- Elementos del patrimonio minero como las explotaciones de plomo de Sierra de Lujar o las de hierro y mercurio de la Alpujarra Media.
- Los valores culturales se han visto reconocidos con la declaración de bien de Interés Cultural, con la categoría de Conjunto Histórico, en el caso del Barranco del Poqueira, y con la categoría de Sitio Histórico, en el de la Alpujarra Media Granadina y La Tahá.

Valores simbólicos e identitarios

- La fuerte identidad comarcal y paisajística de la Alpujarra Alta se fundamenta en gran medida en el complejo entramado de los regadíos de vertiente y en la arquitectura y urbanismo tradicional de una multitud de pequeños núcleos de población.



Pimientos para su desecado. Autores: M. Carmona y L. Porcel

- Arraigo y perdurabilidad de los modos de vida y de relación social propios de un espacio de montaña largamente sometido a condiciones de aislamiento respecto a su entorno. Un conglomerado de saberes, habilidades, costumbres y creencias, relacionadas con su particular modelo de adaptación al medio.
- La amplia y rica tradición literaria e iconográfica asociada al paisaje alpujarreño destaca ampliamente sobre aquella que podemos encontrar en la mayoría de los espacios de la provincia.

4 DIAGNÓSTICO Y ESTRATEGIA DE INTERVENCIÓN

4.1 Diagnóstico general del paisaje

4.1.1 Potencialidades

- Gran atractivo turístico que se deriva de la diversidad interna de unos paisajes que responden tanto a las demandas de turismo de naturaleza como de turismo cultural, de modo que se dan cita la magnificencia de los grandes escenarios de la alta montaña con el paisaje minucioso de los valles que evoca los ritmos lentos de la tradición.
- La población local tiene conciencia del valor de su paisaje y de las posibilidades de éste como recurso, a la vez que lo identifica con el modelo agrario tradicional, al que considera, en última instancia, principal fundamento de un patrimonio movilizable de cara al desarrollo sostenible.
- Potencial didáctico e interpretativo de los paisajes de la alta montaña para el estudio de la evolución reciente del clima y de los procesos crionivales en altura y para el reconocimiento de la acción glacial del Cuaternario, pudiendo ser considerado el patrimonio geológico como georrecurso para su puesta en valor.
- Posibilidades de generar una imagen diferenciada de la zona basada en la conjunción de un paisaje de alta montaña que no responde al modelo alpino más conocido y consolidado, y que conecta con unos paisajes culturales de gran singularidad y profundidad histórica.
- El paisaje de la Alpujarra mantiene una gran capacidad interpretativa respecto de periodos históricos muy significativos y de modelos sociales de ordenación del espacio y puesta en valor de los recursos de gran originalidad, todo lo cual lo cualifica como patrimonio mundial, en la medida en que se capaz de conservar su autenticidad.
- Posibilidad de asociación de la imagen reconocida y valorada de la Alpujarra con producciones diferenciadas de calidad que permitan impulsar su comercialización en circuitos cortos y largos, como productos vinculados a una tierra identificable.
- La potencia escénica de valles y barrancos, unida a la buenas condiciones de intervisibilidad a ambos lados del Guadalfeo, facilita el establecimiento de una red de miradores interconectada.
- El alto reconocimiento institucional del patrimonio natural y cultural del espacio alpujarreño, unido al aprecio social del que gozan los paisajes, significa un garantía de conservación de los mismos en el largo plazo.

4.1.2 Amenazas

- Los paisajes de Sierra Nevada mantiene unos equilibrios ecológicos frágiles que pueden verse afectados por el incremento del uso público en los ecosistemas de alta montaña y por la eventualidad del cambio climático.
- Procesos de desertificación, ligados en buena medida al abandono agrícola y a los incendios forestales, que acusan una mayor incidencia en la sierra de la Contraviesa, en donde los fenómenos erosivos afectan a las laderas desnudas de fuerte pendiente.
- Despoblamiento y envejecimiento de la población, con el consiguiente riesgo de abandono del campo y desarticulación de las estructuras agrarias,

especialmente del sistema de terrazas, por caída de balates, y de la red de acequias por entubamiento o entarquinado de las mismas.

- Intenso abandono de los campos de secano de la Contraviesa y de su modelo de hábitat disperso.
- Reconversión de la agricultura por extensión del olivar y el almendral frente al policultivo de herbáceos y frutales que dibuja un ordenamiento original de bordes y linderos, muy característico de la alta Alpujarra.
- Modernización de los cultivos hortofrutícolas que se traduce en el incremento de insecticidas y pesticidas, el uso de mallas y cubiertas de plástico, así como la extensión de nuevas formas de regadío que conllevan el empobrecimiento de la flora y la aparición de nuevos elementos en el paisaje como balsas y depósitos para el riego.
- Pérdida de especies arbóreas emblemáticas y de gran significación en el paisaje, como el castañar, por efecto combinado del abandono del regadío y la recurrencia de periodos de sequía, lo que implica estrés y vulnerabilidad frente a distintas patologías.
- Polarización del turismo en algunos valles, en donde se ponen en peligro las bases agrícolas del paisaje, al tiempo que los núcleos de población sufren un proceso de musealización y/o folklorización y, en definitiva, de pérdida de autenticidad.
- Algunas infraestructuras amenazan con alterar panorámicas esenciales de este paisaje que se muestra especialmente sensible a la intrusión de elementos como las instalaciones industriales, del tipo de las ubicadas en Lanjarón, o los aerogeneradores.
- Expansión del tejido urbano de algunos pueblos, que afecta a la imagen lejana y cercana que éstos proyectan en el paisaje, y proliferación de viviendas aisladas en el campo destinadas a la población extranjera.



Nuevas construcciones en Murtas que rompen con la fisonomía arquitectónica típica.
Autores: M. Carmona y L. Porcel

4.2 Definición de objetivos de calidad paisajística

I. Recuperación y mejora paisajística del patrimonio natural

- Una diversidad geológica, biogeográfica y paisajística bien preservada, pero también bien conocida desde el punto de vista científico para avanzar hacia una gestión óptima de los frágiles ecosistemas de la alta montaña.
- Unos paisajes forestales renaturalizados sin contactos abruptos entre las masas de pinar y el resto de las formaciones con las que colindan, tales como los encinares, los robledales y las extensiones de matorral mediterráneo.
- Unas vertientes en las que convivan una variedad de comunidades vegetales, en las cuales destaque la importante presencia de encinares y melojares bien desarrollados, como resultado de las conservación de las actuales formaciones de bosque, la regeneración de espacios de monte bajo con arbolado disperso y la restauración de zonas incendiadas.
- Unas masas de alcornoques en buen estado de conservación, estructuradas y diversas, regeneradas desde el actual estado de población monoespecífica que hoy caracteriza a las formaciones del Haza del Lino, en las cumbres de la Contraviesa.

II. Recuperación y mejora paisajística del patrimonio cultural

- Una trama de asentamientos que continúen preservando sus rasgos de conjunto y contribuyan a mantener uno de los elementos más destacados de entre los que configuran las imágenes panorámicas características de los distintos valles.
- Una imagen interna de los núcleos que preserve sus rasgos básicos sin caer en la musealización del paisaje urbano.
- Una red de carreteras, caminos, senderos y miradores, utilizada como herramienta privilegiada para sensibilizar a la sociedad local y a los visitantes sobre los valores paisajísticos de la Alpujarra.
- Un paisaje plagado de referencias culturales, de elementos patrimoniales de carácter monumental, arqueológico y etnológico, tales como castillos y fuertes, acequias, partidores, acueductos, albercas, eras de trilla, molinos harineros, minas, fundiciones o fabriquillas de luz, salvados de su situación actual de abandono.
- Un paisaje agroforestal en donde jueguen un papel destacado elementos tan emblemáticos como los grandes castaños dispersos en los campos, alineados en los ribazos o formando algunas masas compactas en los valles de Lanjarón o de Mecina.

III. Cualificación de paisajes asociados a actividades productivas

- Unos campos de regadío que mantengan su estructura en pequeñas parcelas adaptadas a la compleja topografía de las vertientes, acomodados a los bancales de piedra seca tradicional y recorridos por una densa de trama de acequias de tierra que permitan la amplia humectación de las laderas y el sostenimiento de la vegetación asociada.
- Un espacio agrario que mantenga la actividad productiva como principal garantía de supervivencia, arbitrando si es necesario una adecuada conciliación entre las labores primarias y otras posibles actividades relacionadas con el turismo.
- Unas actividades industriales y artesanales que cuiden sus instalaciones para hacerlas compatibles con un paisaje susceptible de ser fuertemente impresionado por la aparición de elementos construidos de nueva planta.

Bibliografía de referencia

- CAMACHO OLMEDO M.T. (1992): Delimitación y caracterización de los paisajes erosivos de una montaña mediterránea: sierra de La Contraviesa, provincias de Granada y Almería. Departamento de Análisis Geográfico Regional y Geografía Física. Universidad de Granada.
- CAÑETE PÉREZ J.A. (1997): *Información y diagnóstico territorial y urbanístico de la Alpujarra de Granada*. Consejería de Obras Públicas y Transportes. Junta de Andalucía.
- CASTILLO A., DEL VALLE M., RUBIO-CAMPOS J.C. y FERNÁNDEZ-RUBIO R. (1996): *Síntesis hidrogeológica del macizo de Sierra Nevada (Granada y Almería)*. Primera Conferencia Internacional de Sierra Nevada.
- CARRASCOSA SALAS M.J (1992): *La Alpujarra*. Monográfica Tierras del Sur. Universidad de Granada.
- COLECTIVO PEÑABÓN, CARMELO AMADO et al (1993): *Guía natural de la Alpujarra: de la nieve al mar*. Clave Aynadamar.
- GARCÍA DE LOS REYES, ARQUITECTOS ASOCIADOS (2006): El urbanismo en la Alpujarra-Sierra Nevada: propuestas para la conservación de la arquitectura y del urbanismo tradicional. ADR Alpujarra-Sierra Nevada.
- GUZMÁN ÁLVAREZ J. R. (2010): *El agua domesticada. Los paisajes de los regadíos de montaña en Andalucía*. Agencia Andaluza del Agua. Consejería de Medio Ambiente y Consejería de Agricultura y Pesca. Junta de Andalucía. (General)
- JIMÉNEZ OLIVENCIA Y. (1991): Los paisajes de Sierra Nevada. Cartografía de los sistemas naturales de una montaña mediterránea. Monográfica Tierras del Sur. Universidad de Granada.
- MARTÍNEZ MARTÍNEZ F. (1979): La erosión hídrica en la vertiente mediterránea andaluza: el caso de la sierra de La Contraviesa. Universidad de Granada.
- MOLERO MESA J. (1985): Estudio florístico y síntesis fitosociológica de las Alpujarras altas granadinas (vertiente sur de Sierra Nevada). Departamento de botánica. Universidad de Granada.
- MOLERO MESA J., PÉREZ RAYA F. y VALLE TENDERO F. (1992): Paque Natural de Sierra Nevada. Paisaje, fauna, flora e itinerarios. Rueda.
- PADILLA MELLADO, L.L. (2010), Los habices de las iglesias del Valle de Lecrín. Historia y Arqueología (tesis doctoral). Ed. Universidad de Granada.-
- TRILLO SAN JOSÉ, C. (1989): El poblamiento de la Alpujarra a la llegada de los cristianos. En *Studia histórica. Historia Medieval*, nº 7, pp. 187-208.
- UNIVERSIDAD DE GRANADA (1988): *Proyecto LUCDEME. Mapa de suelos, escala 1:100.000. Guejar-Sierra 1027*. Icona. Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.
- UNIVERSIDAD DE GRANADA (1988): *Proyecto LUCDEME. Mapa de suelos, escala 1:100.000. Lanjarón 1042*. Icona. Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.
- UNIVERSIDAD DE GRANADA (1988): *Proyecto LUCDEME. Mapa de suelos, escala 1:100.000. Aldeire 1028*. Icona. Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.
- UNIVERSIDAD DE GRANADA (1988): *Proyecto LUCDEME. Mapa de suelos, escala 1:100.000. Berja 1043*. Icona. Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.
- VALLE F., MADRONA M.T. y SALAZAR C. (1993): Algunas formaciones boscosas del sudeste de la península ibérica: los alcornoques del Haza del Lino (La Contraviesa) y de la sierra del Jaral (Lújar). Congreso Forestal Español, Lourizán.
- PÉREZ LATORRE A.V., PAVÓN NÚÑEZ M. e HIDALGO TRIANA N. (2011): *Sobre las alisedas nevadenses (Sierra Nevada, Granada-Almería, España)*. Lagasalia 31.
- SANZ DE GALDEANO C. y LÓPEZ-GARRIDO A.C. (2000): Las fallas Tortonienses a Cuaternarias entre Granada y La Costa: el límite occidental del Nevado-filábride y de las unidades Alpujarrides interiores. Revista Sociedad Geológica de España.



Trilogía mediterránea (higueras, almendros y vides) en La Contraviesa. Al fondo, Sierra Nevada.



Vista de los pueblos de Cáñar, Soportújar, Carataunas y Bayacas en la vertiente sur de Sierra Nevada. Autores: M. Carmona y L. Porcel